LA EDUCACIÓN PRÁCTICA DEL PENSAMIENTO

Conferencia impartida en Karlsruhe, Alemania
el 18 de enero de 1909 por
Dr. Rudolf Steiner
Traducción del alemán: Dr. Juan Berlín
Revisión: Dr. Octavio Reyes

Podría parecer extraño que alguna filosofía pretenda hablar de la educación práctica del pensamiento puesto que quienes no la conocen creen a menudo que ella es algo eminentemente impráctico, ajeno a la vida real. Tal parecer sólo puede sustentarlo quien tenga una mirada superficial de las cosas. En realidad, lo que aquí consideramos habrá de ser pauta para la vida diaria y, en todo momento, poder convertirse en actitud y sentimiento que nos capacite para afrontar la vida con certeza y así afianzarnos en ella.

Las personas que se llaman prácticas se imaginan que obran a tono con los más prácticos principios; sin embargo, al examinar las cosas más de cerca, se notará muy a menudo que el llamado "pensar práctico" no es del todo un pensar sino un simple vegetar en torno a opiniones inculcadas y a hábitos del pensar. Si observamos, con objetividad absoluta, el pensar de los llamados "prácticos" y si examinamos lo que suele llamarse práctica del pensar, hemos de reconocer que hay tras ella a menudo muy poca práctica genuina. Lo que se llama práctica consiste en haber aprendido cómo ha pensado el maestro, cuál es la opinión del constructor de esto o aquello y cómo se conduce uno conforme a esa opinión. El que discrepe, el que no armonice su pensar con la tradición consagrada, será considerado hombre impráctico.

En cambio, cuando alguna vez realmente se inventó una cosa práctica, esto no fue en modo alguno la obra de un práctico del gremio. Consideremos, como ejemplo, nuestra estampilla postal: fácil sería creer que lo hubiera inventado un práctico del servicio postal; mas no es así. Todavía a principios del siglo XIX, el despacho de una carta era asunto muy complicado: era necesario dirigirse a la oficina respectiva, allí se consultaban varios libros y el procedimiento implicaba buen número de ceremonias. El porte unitario, tal como estamos acostumbrados a tenerlo, apenas se introdujo hacia mediados del siglo XIX. Y la estampilla a la que debemos esta comodidad, no es invención de un práctico del servicio postal sino de un hombre ajeno al correo, el inglés Hill. Después de inventada, el ministro bajo cuya jurisdicción se hallaba el servicio postal, dijo en el Parlamento inglés: "en primer lugar, no es de suponer que esta simplificación en realidad signifique mayor volumen de correspondencia,

como lo pinta ese impráctico Mr. Hill, y en segundo lugar, aún suponiendo que así fuera, el edificio de correos de Londres no sería suficiente para ese servicio.

Ni por asomo se le ocurrió a aquel "gran práctico", que el edificio de correos tuviese que adaptarse al servicio y no el servicio al edificio. No obstante, en un lapso cortísimo logró imponerse lo que en aquel entonces hubo de ser propugnado por un "impráctico" contra un "práctico" y hoy nos es la cosa más natural que la carta se despache con su estampilla.

Otro tanto puede decirse del ferrocarril; cuando en 1835, se iba a construir el primer ferrocarril alemán de Nüremberg a Furth, el colegio Médico de Baviera, consultado al respecto, rindió un peritaje en el sentido de que no era aconsejable la construcción de ferrocarriles: pero que si, a pesar de todo, se consideraba hacerlo, sería necesario erigir, en ambos lados de la vía, tapias altas de tablas, para que los transeúntes no sufrieran conmociones nerviosas o cerebrales.

Al proyectar la línea ferrocarrilera de Potsdam a Berlín, el intendente general de correo alegó: cada día mando dos diligencias a Potsdam y no se llenan. Si la gente quiere echar su dinero por la ventana, ¡qué lo hagan por la vía directa!

Los hechos reales de la vida siempre postergan a los que se creen prácticos.

Hay que distinguir entre el pensar genuino y el llamado pensar rutinario que no es sino un juzgar según hábitos mentales inculcados.

Quisiera narrarles una pequeña experiencia que tuve hace tiempo como punto de partida de nuestras reflexiones:

En mis años de estudiante, vino a verme un día un joven compañero, lleno de esa alegría que se observa justamente en personas que han tenido una idea muy brillante, y me dijo: "Voy a visitar al profesor X (que tenía a su cargo la cátedra de construcción de máquinas), pues acabo de hacer una invención magnífica; inventé una máquina que rinde una cantidad inmensa de trabajo, mediante la transformación de un mínimo de energía de vapor que se aplica una sola vez". No pudo decirme más, ya tenía mucha prisa de ver al profesor. Pero...como no le encontrara, regresó para exponerme su teoría.

Toda la narración me había hecho pensar, desde un principio, en el movimiento continuo (Perpetuum mobile); pero en fin, ¿porqué tal cosa habría de ser del todo imposible? Mas, después de que él terminó, tuve que decirle: "Todo está ideado con mucha sagacidad, pero en la práctica es algo comparable a esto: que una persona suba a un carro de ferrocarril, que lo

empuje fuertemente y espere luego que el carro se mueva. Tal es la lógica del pensar en tu invento". Se convenció por fin y no fue a visitar al profesor.

Así puede uno aislarse encerrándose, por decirlo así, dentro de su pensar. En casos muy peculiares, este proceso se muestra claramente; pero en la vida son muchas las personas que se enjaulan de esta manera, sin que sea tan obvio como en nuestro ejemplo. Quien cala más hondo, sabe que gran número de operaciones mentales pueden compararse al mencionado: ve, por decirlo así, a las personas en el carro, empujando desde dentro y creyendo que son ellas las que lo mueven.

Mucho de lo que acontece en la vida sucedería de un modo muy distinto, si los hombres dejaran de pretender empujar el vagón desde dentro.

La práctica genuina del pensar presupone la adquisición de la justa actitud y el justo sentimiento frente al pensar. ¿Cómo puede adquirirse? No lo tendrá quien crea que el pensar es algo que sólo tiene lugar dentro del hombre, en su cabeza o en su alma. Al que tenga la idea, el falso sentimiento lo desvía continuamente de buscar un práctica mental auténtica, así como de fijar a su pensar los requisitos necesarios. Quien quiera adquirir la apreciación acertada frente al pensar, deberá decirse: si por medio de pensamientos puedo averiguar algo de las cosas, esos pensamientos han de estar contenidos en ellas primero; su estructura ha de obedecer a pensamientos; sólo entonces podré extraer de ellas los pensamientos.

Hemos de imaginar que con las cosas del mundo sucede como con un reloj. A menudo se recurre a la comparación del organismo humano con un reloj, si bien olvidando lo más importante: la existencia del relojero. Hay que tener en cuenta que los engranajes no se efectuaron por sí mismos, sino que hubo un relojero que armó el reloj. ¡Nunca olvidar al relojero! El reloj alcanzó realidad gracias a los pensamientos que en él se vaciaron por decirlo así; y así en todo.

De este mismo modo, ha de concebirse toda obra o fenómeno de la naturaleza. Fácil es visualizar este hecho en lo que corresponde a la obra humana; no así en las obras de la naturaleza; no obstante, también éstas corresponden a actividades espirituales, emanantes de entidades espirituales.

Cuando el hombre reflexiona sobre las cosas, no piensa sino en aquello que antes se ha depositado en ellas. La fe en que el mundo fue hecho por el pensar y que todavía sigue siéndolo, hace fecunda la verdadera práctica mental.

La credulidad frente a lo espiritual en el mundo, es la que por doquiera provoca la "impráctica" más malsana del pensar, incluso en el campo científico. Por ejemplo, si alguien dice: "Nuestro sistema planetario surgió a base de una nebulosa primitiva; ésta empezó a girar, se conglomeró para formar un cuerpo central; de este se separaron anillos y esferas, y así nació mecánicamente todo el sistema planetario", el que lo dice comete un grave error lógico. De una manera graciosa, esta idea se enseña hoy día a la gente y, en forma de atractivo experimento, se le muestra en todas las escuelas; una gota de aceite se pone en un vaso de agua, se la perfora con un alfiler y se hace girar todo el conjunto. De la gota se separan gotitas y así se tiene un sistema planetario en miniatura y se ha demostrado al alumno, al menos así se cree, que aquello puede hacerse de una manera puramente mecánica. Sólo un pensar impráctico puede ligar tales deducciones con este sencillo experimento, pues el que lo aplica al gran sistema universal, olvida algo que, en otras ocasiones, acaso sí es bueno que se olvide: se olvida de sí mismo, olvida que él mismo puso en rotación todo ese diminuto sistema y que sin su intervención, la gota de aceite nunca se hubiera disociado en gotitas. Sólo si el hombre tuviera en cuenta también este detalle y lo transfiriera al sistema planetario, habría aplicado su pensamiento en forma completa.

Tales errores cogitativos desempeñan en nuestros tiempos un papel preponderante, sobre todo en la llamada ciencia; y esto es mucho más importante de lo que comúnmente se supone.

Si se quiere hablar de genuina práctica cogitativa, hay que reconocer o aceptar que sólo pueden extraerse pensamientos de un modo que ya los contenga implícitos. Así como sólo se puede tomar agua de un vaso que realmente la tenga, así los pensamientos sólo pueden extraerse de objetos que ya los posean. El mundo está estructurado con base en pensamientos, y es por esto, sólo por esto, que nos es posible extraer de él pensamientos. Si no fuera así, no podría realizarse práctica cogitativa. Si el hombre siente lo dicho en todo su alcance, si tiene la confianza plena de que tras las cosas hay pensamientos, y que los hechos reales de la vida transcurren con arreglo a pensamientos, fácil le será elevarse por encima de todo pensar abstracto; fácil le será lograr una práctica del pensar basado en la realidad.

Procedamos ahora a exponer algo de la práctica del pensar, de importancia particularmente para quienes se mueven en el campo de las ideas antroposóficas. El que esté compenetrado de la idea de que el mundo de los hechos se desenvuelve según pensamientos, apreciará la importancia de cultivar un pensar acertado.

Supongamos que una persona dice: quiero fecundar mi pensar de tal manera que siempre pueda orientarme correctamente en la vida. Esa persona tendrá que atenerse a lo que se expondrá enseguida, indicaciones que han de considerarse efectivamente como reglas prácticas que surtirán determinados efectos, si se aspira, con siempre renovados esfuerzos, a ajustar a ellas el pensar; y el pensar se volverá práctico, aun cuando en un principio no lo parezca. Además, aplicando tales reglas, se presentarán al pensar aún otras experiencias muy diferentes.

Supongamos que alguien intenta lo siguiente: observa con todo esmero un proceso del mundo que le sea accesible con mucha precisión, los estados atmosféricos, por ejemplo. Se detiene ante la configuración de los celajes, el aspecto del sol al ponerse, etc. y graba en su memoria con toda exactitud la imagen de lo observado; trata de retener todos los detalles de este cuadro durante cierto lapso de tiempo; graba en su mente esta imagen lo más que pueda, y se esfuerza en conservarla hasta el día siguiente. al siguiente día, vuelve a observar a la misma hora, o bien a otra, las condiciones atmosféricas, y trata nuevamente de reproducir en su mente esta estampa.

Si uno se forma, de esta manera, imágenes fieles de estados consecutivos comprobará con certeza que su pensar va enriqueciéndose interiormente y que se intensifica; pues lo que hace impráctico el pensar es el que el hombre generalmente tenga demasiada inclinación a no fijarse en los detalles de los procesos consecutivos de este mundo, contentándose con vagas representaciones generalizadas. Lo valioso, lo decisivo, lo que fecunda el pensar, consiste precisamente en formarse cuadros fieles de los procesos seriados, en colocar ante la mente, simultáneamente y con la mayor intensidad plástica, dos imágenes que se hallan separadas en el mundo real, y luego decirse: "Ayer, la situación era de este modo; hoy es de aquel otro"

En un principio, esto no es sino una expresión particular de la confianza en que los pensamientos existen inmanentes en la realidad. No sería oportuno que el hombre, de una vez, procediera a sacar conclusiones y a inferir de lo observado hoy, las condiciones atmosféricas de mañana,

esto corrompería su pensar. La actitud correcta es tener confianza en que las cosas de la realidad están relacionadas entre sí, y que las condiciones de mañana están, de algún modo, conectadas con las de hoy. No deberá especular sobre esto, sino empezar por representarse en imágenes mentales y con la mayor exactitud posible, lo que sucede en el tiempo, dejando después que estos cuadros, uno al lado del otro, se transformen uno en otro. Esta es una bien determinada regla para el pensar, que habrá de aplicar todo aquel que quiera modelar su vida mental con ajuste a la realidad. Conviene practicar esta regla frente a las cosas que todavía queden fuera de la comprensión y en cuyas conexiones interiores aún no se ha penetrado. Por lo tanto, frente a los procesos que aún no son comprensibles (v.g. las condiciones atmosféricas), hay que tener la confianza en que dichos procesos, conectados en la realidad exterior, darán origen a conexiones también en nosotros; esto debe ponerse en práctica sólo en imágenes, absteniéndose del pensar. Deberá uno decirse: aún no conozco las conexiones, pero dejaré que esas cosas tomen forma en mí; así producirán un efecto interior, siempre y cuando yo me abstenga de toda especulación. Fácil es imaginar que el formarse uno fieles representaciones pictóricas de los sucesos seriados, prescindiendo del pensar, puede tener sus efectos en los mismos miembros constitutivos invisibles de la entidad humana.

El hombre posee su cuerpo astral como vehículo de su vida representativa. Mientras el hombre especule, este cuerpo astral permanecerá esclavo del Yo, mas no se agota en esa actividad consciente, sino que se halla también en cierta relación con el todo cósmico.

Ahora bien, en la misma medida en que impidamos que la arbitrariedad impere en nuestro pensar, concretándonos a formar representaciones pictóricas de los sucesos consecutivos, actuarán en nosotros los pensamientos implícitos en el mundo, y se grabarán en nuestro cuerpo astral sin que nosotros lo sepamos. A medida que nos internemos en la marcha del mundo, observando sus procesos y dejando que las imágenes pasen con el menor enturbiamiento posible a nuestros pensamientos y sobre ellos obren, aumentará nuestra "erudición" en las partes que se substraen a nuestra conciencia.

Cuando, frente a procesos que guardan tal conexión inherente, hayamos alcanzado la facultad de transformar un cuadro en el siguiente, tal como esta metamorfosis se ha realizado en la naturaleza, comprobaremos, después de cierto tiempo, que nuestro pensar habrá adquirido algo que podríamos llamar flexibilidad.

Así es como hemos de proceder frente a cosas que aún no nos son inteligibles; respecto de las que ya comprendemos, v.g. los sucesos de la vida cotidiana, habremos de adoptar otra actitud.

Alguien, nuestro vecino por ejemplo, ha hecho esto o aquello. Reflexionamos: ¿Por qué lo hizo? Nos imaginamos que quizá lo hizo como preparativo para algo que intente hacer mañana; no diremos más, si no que nos figuraremos en detalle lo que ha hecho y trataremos de bosquejar un cuadro de lo que hará mañana. Nos imaginamos: esto lo hará mañana; y entonces esperaremos para ver qué es lo que hará en realidad. Puede que comprobemos que realmente haga lo que nos habíamos figurado; es posible también que haga otra cosa. Observaremos lo que suceda y trataremos de corregir nuestros pensamientos de acuerdo con lo observado.

Así buscamos sucesos en el presente, los seguimos en nuestros pensamientos hacia el futuro, y esperamos lo que acontezca. Este procedimiento, podemos aplicarlo a acciones humanas al igual que a otras cosas: ahí donde comprendemos algo, tratamos de formarnos un cuadro de lo que según nuestro parecer, habrá de suceder. Si lo esperado se cumple, nuestro pensar habrá sido acertado; y así estará bien. Si pasa algo que no es lo esperado, intentaremos descubrir en qué consistió nuestro error, tratando así de corregir nuestros pensamientos erróneos mediante una observación y un examen desapasionado de la causa del error y de los motivos de que sucediera lo acontecido.

Si hemos acertado en lo correcto, debemos cuidarnos con sumo escrúpulo de jactarnos de nuestra profecía con la actitud: "Ya sabía ayer que así sucedería".

He aquí otra regla más, nacida de la confianza de que las cosas y sucesos llevan implícita una necesidad, y que en los mismos hechos late la fuerza propulsora de las cosas. Y eso que trabaja ahí dentro, de hoy a mañana, son pensamientos en ejecución. Cuando ahondamos en las cosas, adquirimos conciencia de tales fuerzas. Por medio de los ejercicios como los mencionados, las elevamos a nuestra conciencia, y estaremos en concordancia con ellas si se cumple lo que habíamos previsto, en cuyo caso habremos establecido una conexión interior con la verdadera actividad ejecutora de pensamientos contenida en la cosa. Así nos acostumbramos a no pensar arbitrariamente, sino a tono con la necesidad inmanente de las cosas.

Aún en otra dirección podemos adiestrar nuestra práctica mental.

Algún acontecimiento de hoy guarda relación también con lo sucedido ayer. Por ejemplo, un muchacho se portó mal, ¿Cuáles podrán ser las causas? Retrocedemos de los sucesos de hoy a los de ayer, y reconstruimos las causas que no conocemos. Nos decimos: creo que lo que sucedió hoy, se preparó ayer o anteayer por esto o aquello.

Después, nos informaremos de lo que realmente pasó, y así reconoceremos si nuestro pensar fue o no acertado. Si acertamos con la causa correcta, bien está; en cambio, si resulta que nuestra representación fue errónea, tratemos de determinar claramente los errores y de indagar cómo se desarrolló el proceso cogitativo y cómo transcurrió en la realidad.

Lo que importa es que nos tomemos el tiempo para considerar las cosas
como si estuviésemos con nuestro pensar dentro de ellas, que nos hundamos en los hechos y en sus inmanentes pensamientos en ejecución.

Si hacemos esto, notaremos, poco a poco , que nos identificamos por decirlo así, con las cosas: que no nos sobrecoge ya el sentimiento de que ellas están fuera y nosotros dentro, reflexionando sobre ellas; experimentaremos, por el contrario, un sentimiento como si nuestro pensar se moviese dentro de las cosas. Quien alcance esto en un alto grado, alcanzará la claridad sobre muchos interrogantes. Goethe fue un hombre que alcanzó en alto grado lo que puede lograrse en ese dominio; su pensar se movía siempre dentro de los objetos. El psicólogo Hainroth dijo en su libro “Anthropologie” (1526) que el pensar goetheano era un pensar "objetivo", y el mismo Goethe se mostró complacido con este término. Hainroth quiso caracterizar con él una actitud cogitativa que no se separa de los objetos, que se mantiene dentro de ellos y se mueve dentro de la necesidad de ellos. El pensar de Goethe era a la vez contemplar; y su contemplar, a la vez, un pensar.

Goethe fue lejos en cuanto a ese perfeccionamiento de su pensar. Hubo ocasiones en que, con la intención de salir, se aproximara a la ventana para observar el tiempo y dijera a quien estuviera presente: "En tres horas va a llover". Y así sucedía. El pequeño segmento del cielo que le era visible por la ventana, le permitía pronosticar lo que sucedería dentro de las próximas horas, dadas las condiciones atmosféricas. Su pensar fiel y apegado a las cosas, le había capacitado para vislumbrar lo que, como acontecimiento posterior, se preparaba en el precedente.

En verdad, mediante el pensar práctico se puede lograr mucho más de lo que comúnmente se supone. El que adopte las mencionadas reglas para el pensar, comprobará que éste se torna notoriamente práctico, que la mirada se amplía, y que las cosas del mundo se captan mejor que antes. Poco a poco, el hombre adopta una actitud completamente nueva frente a lo exterior, e incluso frente a los demás hombres; es un proceso real que se desarrolla en él, transformando su conducta. Puede ser de enorme importancia que el hombre trate realmente, mediante su pensar, de identificarse con las cosas conforme hemos descrito, puesto que la ejecución de tales ejercicios es un principio eminentemente práctico para el pensar.

Hay, además, un ejercicio que debieran ante todo practicar las personas a quienes no se les ocurre lo adecuado en el momento oportuno: ante todo, tendrían que evitar el abandonarse en cada momento a lo que el flujo del mundo trae consigo accidentalmente, a la cautivación de las cosas. Comúnmente, el hombre, al brindársele alguna oportunidad para recostarse a descansar por media hora, suele dar rienda suelta a sus pensamientos que vagan entonces de la Ceca a la Meca. Puede suceder también que tenga tal o cual preocupación que, en instantes parecidos, se deslice súbitamente en su conciencia y se apodere completamente de ella. A un individuo de semejante actitud indisciplinada, nunca se le ocurrirá lo que corresponde a cada momento. Para lograrlo, tendrá que actuar en la siguiente forma: cada vez que tenga media hora para descansar, se dirá a sí mismo: "Reflexionaré ahora sobre algo que yo mismo escoja, que yo mismo introduzca intencionalmente en mi conciencia. Hoy, por ejemplo, reflexionaré sobre lo que me sucedió en un paseo hace dos años: introduciré intencionalmente en mi pensar mis vivencias de aquel entonces, y reflexionaré sobre ellas, aunque sólo sea por cinco minutos. Todo lo demás ¡afuera por estos cinco minutos! Voy a ser yo quien escoja el tema de mi reflexión. No es necesario siquiera que la selección sea tan complicada como en el caso antedicho. Lo que importa no es tanto modificar el proceso del pensar con ejercicios difíciles, sino desprenderse de aquello a lo cual la vida nos arrastra; basta con que se trate de algo que caiga fuera de cuanto nos sujeta en aquel día. El que sufra por no ocurrírsele otra cosa en el instante preciso, puede incluso auxiliarse abriendo un libro para detenerse a pensar sobre lo que lea a la primera mirada; si otra cosa no se le ocurre, esto basta. O bien puede decirse: "Reflexionaré ahora sobre lo que vi al ir a mi oficina en la mañana y que, de lo contrario, quedaría desatendido. En resumen, debe tomarse algo que caiga fuera del curso ordinario del día y sobre lo que, de no mediar esta circunstancia, no se hubiera reflexionado.

Si tales ejercicios se repiten sistemáticamente se comprobará que lo que corresponde llega en el momento oportuno; que en el momento oportuno se le ocurre a uno lo que debe ocurrírsele. Así, el pensar adquirirá una flexibilidad que resultará sumamente significativa para la vida práctica del hombre. Otro ejercicio es especialmente apropiado para actuar sobre la memoria: Comiéncese por recordar un acontecimiento cualquiera, digamos de ayer, en la forma burda de nuestros recuerdos rutinarios. Por lo común, los recuerdos del hombre son gris sobre gris. Generalmente estamos satisfechos si tan sólo se nos ocurre el nombre de la persona a quien encontramos ayer. Mas si queremos cultivar nuestra memoria, no hemos de contentarnos con ello: hemos de recordarlo todo con certeza. Para tal fin, hemos de practicar sistemáticamente el siguiente ejercicio. Nos diremos: "Recordaré con gran exactitud a la persona a quien vi ayer, en qué esquina la vi y qué más había en torno a ella. Me imaginaré este cuadro exactamente y me representaré con detalle su saco e incluso su chaleco. La mayoría de las personas notará que no lo pueden hacer, que no les es posible. Se darán cuenta de cuánto les falta para llegar a una representación realmente gráfica de lo que ayer les sucedió, de lo que ayer experimentaron.

Hemos de tomar como punto de partida los casos, que son la gran mayoría, en que el hombre no es capaz de evocar en su memoria lo que ha experimentado ayer. En verdad, la observación humana es sumamente inexacta. (El experimento de un profesor universitario con sus oyentes ha mostrado que sólo dos de los treinta presentes, habían observado bien determinada escena; los restantes veintiocho la habían observado mal). Ahora bien, la buena memoria es el fruto de la observación fiel. Para desarrollarse es, por lo tanto, necesario observar exactamente. La buena memoria se conquista por la observación fiel; por ciertos rodeos anímicos, la memoria fiel nace de la buena observación. Mas si, en un principio, uno no sabe hacerlo, si uno no sabe recordar exactamente lo presenciado ayer, ¿qué es lo que debe hacerse? Comiéncese por recordar lo más exactamente posible; y ahí donde falle la memoria, trátese de suplir lo que falte, con algo, a sabiendas de que es erróneo, sólo para formar un todo. Supongamos que hemos olvidado si una persona a quien encontramos, vestía traje café o negro. Imaginemos entonces que vestía saco café, que lucía tales o cuales botones en su chaleco, que la corbata era de color amarillo, que la pared era amarilla, que por su izquierda pasaba un hombre alto, por su derecha uno de baja estatura, etc. Lo que se recuerda se pone en el cuadro, y sólo aquello que no se recuerde se completará, para obtener un cuadro mental íntegro. Es cierto que así la imagen será inexacta, pero por el esfuerzo de llegar a un cuadro completo, nos veremos estimulados para observar en adelante con mayor exactitud. Y hemos de continuar la práctica de tales

ejercicios. Si lo hemos hecho cincuenta veces, la quincuagésima primera vez sabremos con toda exactitud cómo se veía la persona, qué traje vestía; recordaremos, todo, incluso los botones del chaleco. No escapará ya nada a nuestra observación y todo detalle se grabará en nuestra memoria.

Así habremos empezado a aguzar nuestro sentido de observación mediante los ejercicios, y luego conseguido, como fruto, un mejoramiento en la fidelidad de la memoria.

Particularmente debe cuidarse que no sólo se retengan el nombre y algunos rasgos generales de la cosa o persona por recordar, sino esforzarse por conservar una representación pictórica que abarque todos los detalles, y si algún detalle escapa a la memoria, intentar completar el cuadro, para lograr la unidad del conjunto. Entonces se notará que la memoria se vuelve cada vez más fiel.

En efecto, se puede precisar aquello que permite al hombre volver su pensar cada vez más práctico, como si se tratara de una técnica manual.

Muy importante es también lo siguiente: al comenzar las reflexiones, el hombre siente cierta ansia de llegar a un resultado; medita cómo tiene que acometer esto o aquello, y llega a este o aquel resultado. Es un deseo muy comprensible, mas no conduce al pensar práctico. Todo ajetreo en el pensar no empuja hacia adelante, sino hacia atrás: hay que tener paciencia en estos asuntos.

Por ejemplo: al tener que ejecutar algún trabajo para cuya elaboración se ofrecen varios métodos, hay que tener la paciencia de figurarse que sucedería al ejecutarlo de una manera, e imaginarse cómo se vería según la otra. Claro que siempre existirán motivos para inclinarse por uno u otro camino, mas por el momento absténgase de tomar una resolución; esfuércese en imaginarse dos posibilidades y en decirse luego: "Ya, ¡nada más! Dejo de reflexionar sobre el asunto".

Habrá personas que, con ello, se pondrán nerviosas y les será difícil dominar su desasosiego. Mas es enormemente útil superarlo y decirse: "Se puede hacer de esta manera y se puede hacer de aquella, pero me abstengo de pensar en esto durante cierto tiempo". Pospóngase la acción hasta el otro día si se puede, y considérense de nuevo las dos posibilidades. Se comprobará que las cosas habrán cambiado entretanto, y que la resolución se tomará de un modo distinto o, al menos, con mejor fundamento que si la hubiéramos decidido el día anterior. En las cosas late una necesidad inmanente, y si no actuamos por impaciencia y capricho, por el contrario, si

dejamos que esa necesidad inmanente opere en nosotros --y si operará--, ella habrá enriquecido nuestro pensar hasta el otro día, y nos facilitará una resolución más adecuada. ¡Cuán útil es esto!

Si por ejemplo, se me pide consejo, he de tener la paciencia de no prorrumpir con mis propias recomendaciones, sino empezar visualizándose varias posibilidades. No se tome de inmediato una decisión, sino déjese sosegadamente que las posibilidades jueguen libremente. Con razón dice la voz popular que antes de resolver una cosa, debe consultarse con la almohada.

Cierto es que no basta con esa mera "consulta" dormida. Es necesario tomar en consideración dos o, mejor aún, más posibilidades para que ellas sigan obrando en uno, en ausencia, por decirlo así, del Yo consciente. Más tarde se volverá sobre el asunto, y se verá que, de esta manera, se activan poderes inmanentes del pensar que cada vez se torna más funcional y práctico.

El hombre podrá siempre encontrar todo cuanto busque en el mundo, ya sea que trabaje con el torno o con el arado, o que pertenezca a las llamadas clases privilegiadas: si practica estas reglas, será un pensador práctico hasta en lo más común de la vida cotidiana. Ejercitándose así, acomete y considera las cosas de un modo distinto; pues los ejercicios, por íntimos que parezcan en un principio, sirven precisamente para el mundo exterior; llevan implícita la máxima significación precisamente para este mundo; tendrán consecuencias decisivas.

Les mostraré con un ejemplo cuán necesario es aplicar a las cosas un pensar verdaderamente práctico. Alguien trepó a un árbol, desde ahí se cayó al suelo y quedó muerto. Ahora bien, es fácil pensar que murió por la caída. Se dirá que la caída fue la causa, y la muerte el efecto. Así parece que existe una relación entre causa y efecto. Sin embargo, aquí pueden ocurrir confusiones espantosas. Puede que aquel sufriera allá arriba una apoplejía y que se cayera como consecuencia de ella. El resultado final es absolutamente idéntico que si hubiera caído vivo; pasó por el mismo proceso que realmente hubiera podido ser la causa de su muerte. Así es posible que la causa y el efecto se confundan radicalmente.

Aquí se trata de un ejemplo evidente; pero muy a menudo hay casos donde es menos palpable en qué se ha errado. Tales errores del pensar se dan con enorme frecuencia, e incluso tenemos que decir que en la ciencia moderna, día con día, se establecen juicios que efectivamente confunden la

causa y el efecto tal como se ha descrito. Pero la gente no lo comprende, ya que no toma en cuenta la posibilidad de pensar.

Para ilustrar cómo se generan tales errores del pensar, quisiera dar otro ejemplo que muestre, a la vez, que un hombre que haya practicado los ejercicios aquí enumerados ya no podrá incurrir en estos errores. Supongamos lo siguiente: un sabio afirma que el hombre, tal y como hoy se nos presenta, desciende del mono; en otras palabras, lo que conozco del mono, sus facultades, se perfeccionan, y dan por resultado el hombre. Para poder apreciar el significado de semejante modo de pensar, partamos de la siguiente premisa: imaginémonos que, por una circunstancia cualquiera, el hombre que debiera enunciar esa conclusión, se viera en esta tierra completamente solo y que, además de él, sólo estuvieran presentes los monos de los cuales, según su teoría, puede derivar el hombre. Los estudia con toda exactitud y se forma, bien detalladamente, un concepto de todo cuanto hay en el mono. Luego tratará de hacer surgir de su concepto "mono" el concepto "hombre", sin haber visto nunca en su vida un hombre, y se dará cuenta de que nunca va a lograrlo.

Si tuviera hábitos de pensar acerados, debería decirse: "mi concepto no se presta para una transformación que hiciese surgir del concepto mono el concepto hombre. Por consiguiente, aquello que veo en el mono tampoco puede convertirse en hombre, pues, de lo contrario, mi concepto también debería ser transformable. Por tanto, viene a añadirse algún factor que no puedo ver". Ese hombre debería, pues, reconocer tras el mono sensible, algo suprasensible, algo que él no puede percibir, y que sólo a la postre podía realizar la transición al hombre.

No entramos aquí en la imposibilidad del caso, sino que nos concretamos a precisar el error del pensar que domina aquella teoría. Si el hombre pensara correctamente, se vería llevado a admitir que no es lícito pensar de la manera caracterizada, sin presuponer algo suprasensible.

Si reflexionamos sobre el asunto, descubriremos que determinados hombres han cometido, sobre este asunto, un tremendo error cogitativo, error o errores que pueden evitarse mediante el cultivo del pensar de conformidad con el método bosquejado.

Para quien sepa pensar correctamente, gran parte de nuestra literatura contemporánea, sobre todo la que entra en el dominio de las ciencias naturales, será fuente de efectos que incluyen incluso dolor físico al leerla por sus pensamientos torcidos y absurdos. Con ello, no criticamos

en absoluto el inmenso tesoro de observaciones conquistados por estas ciencias naturales y sus métodos objetivos.

Pasemos ahora a tratar un capítulo que se relaciona con la miopía del pensar. Por lo común, el hombre efectivamente ignora que su pensar no es muy efectivo, sino que en la mayor parte de las veces sólo es una secuencia de hábitos del pensar. De allí que quien observe plenamente el mundo y la vida, formará juicios muy distintos de quien no los contemple en su plenitud, v.g. el pensador materialista. No es fácil convencer a tal persona mediante razones, por sólidas y buenas que sean. Tratar de convencerle es esfuerzo estéril, ya que aquél no podrá precisar las razones que conducen a determinada afirmación. Si, v.g., él se ha acostumbrado a considerar en todo tan sólo la materia, se mantendrá siempre apegado a este hábito de pensar.

En general, hoy día la gente se deja llevar a sus afirmaciones, no por razones, sino por los hábitos de pensar adquiridos que, invisibles tras ellas, determinan todo su sentir y parecer. Cuando aparenta aducir razones, en realidad sólo se pone ante su sentir y parecer, la máscara del pensar habitual.

A menudo, no sólo el deseo, sino todos los sentimientos y hábitos del pensar son los padres del pensamiento. El que conoce la vida, sabe cuán poca probabilidad existe para convencer a alguien con razones lógicas, ya que aquí resultan decisivos ciertos factores que residen en lo profundo del alma, más que las razones lógicas.

Existen, pues, buenas razones para trabajar en este campo. Cada uno notará que, por haberse ejercitado así durante cierto tiempo, se ha asimilado un pensar, un sentir y un parecer nuevos; por el trabajo en grupos, no sólo se ocupa cada miembro de encontrar las razones lógicas de algo, sino que se asimilan un sentir y un parecer más amplios.

Advirtamos que la matización de nuestros pensamientos surge de regiones mucho más profundas de lo que comúnmente se supone: son ciertas emociones y sentimientos, las que nos sugieren nuestras opiniones. Las razones lógicas son, a menudo, mera envoltura, una máscara para los sentimientos, emociones y hábitos del pensar.

Para encumbrarnos a una actitud en la que las razones lógicas nos importen algo, hemos de aprender a amar la lógica como tal. Sólo cuando se aprende a amar la objetividad, las razones lógicas son decisivas. Paulatinamente se aprende a pensar con arreglo al objeto, sin dejarse

determinar por la predilección para ese o aquel pensamiento, y entonces la mirada se amplía y el hombre se vuelve práctico: práctico, no en el sentido de que sólo se siga juzgando por métodos trillados, sino en el de aprender a pensar de acuerdo con las inmanencias del objeto.

La verdadera práctica es el fruto del pensar objetivo, es decir de aquel pensar que fluye de las cosas mismas. Sólo practicando tales ejercicios, siempre sobre lo benéfico, aprenderemos a dejarnos inspirar por las cosas. Entre ellas, destacan por su importancia aquellas en que mínimamente ha participado la cultura humana y que son las en menor grado pervertidas: los objetos de la naturaleza.

El ejercitarnos con los objetos de la naturaleza tal como aquí lo hemos descrito, nos transforma en pensadores prácticos y cultivando este elemento básico, acometeremos con mano práctica, las ocupaciones más corrientes de la vida cotidiana. Adiestrando el alma humana, tal como ha sido trazado, damos al pensar la orientación práctica.

El fruto de la Antroposofía ha de ser poner al servicio del mundo, prácticas genuinas. No importa tanto que el hombre tenga por cierto esto o aquello, sino que llegue a una visión plena de las cosas. El modo como podamos penetrar en nosotros para inducirnos a la actividad de nuestra alma y para ampliar nuestra mirada, es mucho más importante que el seguir teorizando hacia lo espiritual, más allá de las cosas sensibles. He aquí, en qué sentido un trabajo de este tipo es algo realmente práctico.